

Unos saben poner el lavavajillas, a otras nos trae sin cuidado

En este mundo hay dos tipos de personas: quienes llenan el lavaplatos sin darle demasiadas vueltas, encajan sin remilgos la pastilla de detergente, ponen en marcha el aparato y siguen adelante con su vida; y quienes sufren un tic nervioso ante tal comportamiento.

Mi esposo forma parte del segundo grupo. Es más, recoloca el lavavajillas cuando lo cargo yo.

Resulta asombroso que todavía no le haya pedido el divorcio, aunque estoy bastante segura de que lo anterior se consideraría un motivo razonable. Y no es que no le haya señalado esa tendencia sociópata, que ahora comento en un periódico de tirada nacional. El infierno no conoce furia como la de la mujer cuyos platos sucios se reordenan en su presencia. Pero no sirve de nada: él se mantiene al acecho, listo para abalanzarse antes de que yo apriete el botón. Podría servirme de consuelo tener a alguien dispuesto a ocuparse siempre de esta tarea, pero los profundos suspiros con que jalona su labor, como si se sintiera ultrajado, me sacan de quicio.

Según una encuesta reciente, las parejas de Gran Bretaña discuten por las tareas domésticas unas cinco veces por semana. ¿Solo cinco? La única explicación que se me ocurre es que uno de los dos viaja mucho por trabajo.

Mi compañero cumple sus tareas con creces cuando está en casa. Que no quepa ninguna duda. Sencillamente, hacemos y vemos las cosas de forma diferente. Por ejemplo, él considera totalmente aceptable dejar el abrigo sobre el pasamanos; yo creo que el perchero nuevo que monté con estas manitas y coloqué bajo la escalera justamente para eso, el perchero que adornan los abrigos de todos los demás, es el lugar idóneo.

Otras veces, estoy cocinando y me suelta perlas del tipo “¿no le haría falta un minutito más?”. Mejor me callo mi reacción a esa clase de comentarios.

Está obsesionado con la basura: reciclaje, compostaje, toda la pesca. Por mi parte, no me acercaría a ese pestilente contenedor marrón ni aunque me fuera la vida en ello. Él va recogiendo los restos de comida en una bandeja que deja en mi encimera con la idea de acercarla después al contenedor cuando salga a tirar la basura. Giro inesperado: la bandeja sigue ahí a la mañana siguiente.

Es como enfrentarse a un tsunami, lo de las responsabilidades domésticas en esta casa. No hay forma de escapar a las tareas del hogar. Seguro que a mis padres, que recuerdan el caos que dejaba a mi paso de niña, les parece cosa del karma.

Lo oí manipulando el lavavajillas hace un rato. “¿Quién ha colocado así la plancha?”, murmuraba. “Yo”, contesté al llegar a la cocina. “Está del revés”, dijo señalando a la sartén, que miraba hacia arriba.

“La habrá volteado el agua”, respondí. Aún está por ver quién es el sociópata en realidad.

Jen Hogan, *The Irish Times*, 13 de marzo de 2023